



Quando se suspendió la narracion de las aventuras del huésped, salieron este y Herman á dar un paseo por el campo, y entre tanto Adelaida con su mamá se retiraron al cuarto de hacer labor, y los niños á estudiar las

lecciones, que antes de comer tenían que dar con su papá.

Mamá, dijo Adelaida al sentarse para tomar la aguja, este hombre es un desgraciado, es verdaderamente un pobre, y por lo que he visto puede decirse que está casi desnudo, pues ha venido sin equipage, y sin otra ropa que la que tiene puesta, ropa que, por buena que haya sido se le hará pedazos en cuatro días si continua andando por esos caminos.

Todo eso, respondió Casilda es mucha verdad, pero ¿y qué quieres decir con eso?

—Nada; yo me acuerdo que

cuando por la cuaresma nos enseñaba V. el catecismo, nos decía que entre las obras de misericordia, que debíamos los cristianos practicar con nuestros prójimos, es una dar posada al peregrino, y otra vestir al desnudo, y ya que vos habeis cumplido con la primera, quisiera llevaseis á bien que yo cumpliera con la segunda, y me permitieseis hacerle un par de camisas de la tela que me guardais para otras tantas enaguas. Verdaderamente yo no tengo necesidad de mas ropa, y puedo muy bien pasar algun tiempo con la que tengo; al paso que ese infeliz, se ha de ver bien

:

pronto sin camisa, sino hay relevo para la que lleva puesta.

Abrazó Casilda á su hija en demostracion del jubilo que la causaba el verla discurrir con tanta sensatez, y abundar en sentimientos sinceramente piadosos. Otorgóle de muy buena gana el permiso, que solicitaba, y aun se ofreció á cortar ella misma las camisas.

No tardó Adelaida en subir á manifestar á sus hermanos el obsequio que habia pensado hacer al desgraciado Señor José, y al momento se pusieron tambien á discurrir como y de que manera podrian imitar la conducta de su

hermana, que tanto había complacido á la mamá; pero por mucho que discurrieron nada les vino al pensamiento con que poder obsequiar al infortunado forastero. Por fin resolvieron consultar al papá, para ver si le parecía bien que del dinero, que tenían ahorrado para la feria, le hiciesen una limosna.

No pudo ser muy largo el paseo del huesped y Herman por el campo, á causa del mal piso.

Luego que volvieron subió Herman á ver si habían estudiado los niños las lecciones: no le pareció tan bien el poco estudio que habían hecho, como la mucha gene-

rosidad que manifestaban con-
querer invertir sus fondos reserva-
dos en beneficio del infortunado
huesped; y disimulando lo uno
por lo otro, bajaron todos á oír,
interin llegaba la hora de comer,
la narracion que el señor José hi-
zo de sus aventuras en los tér-
minos siguientes:

Me parece ya digo á V.V. que
los soldados que nos aprendieron
hicieron empeño en pasarme por
las armas, como á los demas la-
drones que juntamente conmigo
habian sido sorprendidos, y en
efecto llegaron á apuntarme y
aun descargaron contra mi los fu-
siles; yo caí tan muerto de susto

como pudiera serlo de la pólvora y las balas; pero poco á poco fuí volviendo en mí, y me hallé sin ninguna herida; únicamente tenía el cuerpo dolorido y acardeñado, sin duda del susto y del porrazo. Quisieron, según se me dijo después, asustarme, ya que mi edad no permitía se me castigase con el último suplicio, y cargaron sin bala los fusiles. Llevaronme á la capital de provincia, en donde se me condenó á tres años de presidio; tres años que fueron los mas duros y amargos de mi vida; á pesar de que toda ella ha sido fecunda en penalidades, sin que apenas pueda de-

cir que he pasado un dia entero feliz y placentero. Hasta doscientos fueron los presidarios que conocí durante los tres años de mi condena, todos blasfemos, perjuros, impúdicos y esclavos de vicios los mas torpes y degradantes. Hechaba yo de menos en el presidio la compañía de los salteadores, que no parecian sino ángeles, comparados con los presidarios: con esto conocerán V.V. que sujetos eran mis nuevos compañeros.

Yo como muchacho, era amigo de saber vidas ajenas, y á todos preguntaba la causa y el motivo por que habian sido con-

denados. No es para referir ahora todo cuanto oí de boca de aquellos facinerosos, solo diré que sus esplicaciones, que pudieran haber sido para mi otras tantas lecciones de inmoralidad é impudencia, solo sirvieron para aferrarme mas y mas en los buenos principios de moralidad y religion, que habia recibido en mis primeros años. Diariamente me repetia mi madre que es menester ser bueno desde pequeño, para serlo despues sin dificultad, y sin que cueste ningun trabajo en la juventud, vejez, y demas épocas de la vida. Los hombres son como las plan-

tas, me decia tambien el cura de mi pueblo que solia venir á casa de mis padres; y queria decir, que cuando niños facilmente se corrigen y enmiendan si por desgracia contraen algun vicio, al paso que, si la enmienda se difiere, y se deja pasar aquella preciosa edad en que las impresiones se borran con la misma facilidad con que se reciben, no hay que esperar que el hombre deje de ser malo sino con la muerte: de la misma manera que para enderezar los árbolitos tiernos bastan unas escasas fuerzas; pero si crecen torcidos y llegan á ser árboles gruesos y corpulentos ¿qué fuer-

zas bastan para enderezarlos? antes se rompen, que dejan la mala direccion que tomaron cuando eran tiernos. Todo esto me decia el cura, y de que tenia sobrada razon, no me convencí yo hasta que, por las relaciones que de su vida me hicieron los presidiarios, ví que todos ellos habian comenzado cuando niños la carrera del crimen, la habian comenzado por cosas pequeñas, y si se quiere, insignificantes; pero sin resolucion para retroceder en aquellos primeros años, jamas en mayor edad habian encontrado ocasion para retraerse del crimen, por

mas que así lo desearan. La mayor parte de ellos habían comenzado quitando alfileres á sus hermanas, pliegos de papel y plumas á los muchachos que frecuentaban su misma escuela. ¿Y cómo era posible que entonces se imaginasen que un vicio, cuyos principios eran tan tenues, había de llegar con el tiempo á hacerles el oprobio de los demás hombres, el azote de la sociedad, y merecedores del último suplicio cual le hubieran sufrido muchos de ellos, á no haberles libertado el favor que puede lograrse con la intriga y el soborno?

— Pero no todos los presida-

rios estarian alli por haber sido ladrones, dijo Enrique.

— Seguramente que no, contestó el señor José; aunque lo eran la mayor parte, si bien no todos habian tomado desde niños aquella mala costumbre. Algunos se acostumbraron desde pequeños al juego; y luego, perdido en él toda su fortuna, acudieron al robo como medio el mas espedito para tener dinero con que poder comer, y continuar jugando. Otros se dejaron dominar en sus primeros años de la holgazaneria, y luego jamas se hallaron bien con el trabajo, y ningun oficio les pareció tan bien

como el de ladrón, para vivir con abundancia y poquísimos trabajos. También había presidiarios por riñas, muertes y otros crímenes, efecto todos ellos de haberse dejado dominar y arrastrar de pasiones brutales y vergonzosas, tales como la embriaguez y otras de este género; por manera que todos conocían que en su niñez habían tenido principio los diferentes vicios que á tan lástimoso estado les tenían reducidos, y todos se lamentaban de que, habiendo podido destruirlos entonces con poquísimos trabajos, les habían dejado echar raíces y tomar una

fuerza que luego con los años llegó á ser insuperable. Asi es que sus bocas hediondas se abrían frecuentemente para maldecir aquellos años de sus primeros extravíos, aquellos amigos que les habían suducido, y hecho menospreciar los consejos prudentes de los padres, maestros y demás personas celosas de su bien estar y felicidad verdadera.

Yo, que todavía era jóven, pude aprovecharme del crudo desengaño de aquellos infelices. No había tenido hasta entonces ocasion de ser malo, á no ser con los bandoleros del bosque; y entonces la aversion con que les

miraba por la esclavitud en que me tenían, me hacia odiar y aborrecer de muerte cuanto ellos ejecutaban; pero me parece que por muchos que hubieran sido mis vicios de todos me hubiera corregido y enmendado; tan grande impresion me hizo el negro cuadro que representaba la vida de todos aquellos malhechores.

Pocos meses me faltaban para salir del presidio, cuando vino á ser compañero mio un jóven de mi mismo pueblo. No nos conociamos, pero al momento que supe de donde era, le pedí, como era regular, noticias de mi hermana y de mi padre. Cóstole

mucho trabajo venir en conocimiento de quien yo era, y por último, despues de pasar mucho rato, me parece, dijo, que tú serás el hijo del tío Felipe, que murió casi de repente hace mas de dos años, con motivo de haber sabido que un hijo suyo se habia echado á salteador de camino, y que habia sido aprehendido y condenado no se á cuantos años de presidio. Una puñalada que me hubieran dado en el corazon no me hubiera dejado en la conformidad que me dejó la infausta nueva que recibí en esta ocasion; baste decir que el sentimiento que me causó la

muerte de mi padre, agravado con la circunstancia de haberla causado mi conducta, aunque inocente, me abatió en tales términos que arruinó mi salud, y contrage una grave y penosa enfermedad con cuyo motivo fui trasladado desde el presidio al hospital. Allí las bondadosas *hijas de la caridad* me dispensaron mil favores. Creyeron que como presidario, seria un bandido; pero cuando me trataron de cerca, cuando observaron que jamas se oia de mi boca una palabra desmedida, y me hallaron tan dócil como hubieran podido desear, á sus cristianas y caritativas

amonestaciones, me dieron muestras inequívocas del mayor aprecio y mas buena voluntad.

No se á punto fijo el tiempo que estuve en el hospital; cuando se medió de alta, ya habia cumplido el tiempo de mi condena, y no pensé en volver á mi pueblo, como lo hubiera hecho á no haber sabido la muerte de mi padre. Continué recibiendo favores de las hijas de la caridad, aun despues de haber salido del hospital: por su recomendacion se me mantenía en una casa interin resolvía en donde me habia de establecer. Por entonces escribió á estas señoras un caballero de Ma-

drid, encargándoles vieses si hallaban un jóven honrado que quisiese servirle de ayuda de cámara. No vacilé en aceptar esta colocacion, al momento que me la propusieron mis protectoras, si bien es verdad que hubiera ido con mayor gusto á cualquier otro punto que no hubiera sido la corte.

Acomodabame sobre manera el carácter de mi amo, y, en la manera de tratarme, conocí que tampoco el mio le disgustaba. Cuatro ó cinco años haria que servia en casa de este señor, estimándole mas cada dia, y reeibiendo igualmente pruebas de mayor

estimacion, cuando comenzó otra nueva serie de aventuras. Vivía en nuestra vecindad una señora anciana, cristiana, muy caritativa para con los pobres, y amante cual otra de sus domesticos. Mi señor solía visitarla de vez en cuando, y entre sus criados y los de mi señor mediaba aquel trato que es regular entre las familias de los que se quieren bien, y se visitan. Tenía esta señora en su compañía á una muchacha de gran virtud y gallarda presencia; circunstancias que la hacían ser de todos apreciada, y venerada de mi humilde y pobre persona. Cuanto mas la trataba mas la que-

ria, y el agasajo, simple y candoroso, con que solia recibir mis demostraciones amorosas, manifestaban que mi amor le era grato, y que no estaba muy distante de corresponderme. Congeniabamos la muchacha y yo, y no parecia sino que habiamos mamado una misma leche. Los años advirtieron con placer una inclinacion inocente, que podia ser presagio de un vínculo indisoluble entre dos personas que, por las simpatías que tenian, y amor que se profesaban, parecian hechas la una para la otra. Llegó el caso de pensar seriamente en enlazarnos. Yo el primero de-

claré mi pensamiento á mi amo, y luego á la señora de María, que así se llamaba la muchacha. Ambos á dos aplaudieron la idea que no les cogia de nuevo, y se comenzó á darlos pasos preparativos de la boda.

Yo experimentaba en mi interior un gozo, un placer mas fácil de sentir que de explicar, al verme amado de María. Era la primera vez que me sentia feliz. Todo mi afecto, perdidos mi padre y hermana, estaba reconcentrado en María, y anhelaba el feliz momento de unir mi mano con la suya ante los sagrados altares. Ya parecia estar todo dispuesto

y allanadas las pequeñas dificultades que siempre se suelen ofrecer, cuando mi mala estrella hizo que se tropezase en un inconveniente que, si no bastaba á impedir la realizacion de nuestro matrimonio, cuando menos no podria dejar de diferirla por mucho tiempo. La partida de bautismo de Maria no se halló de ninguna manera por mas diligencias que con este fin se practicaron. Habíase educado María en una casa de huérfanos, á donde se la llevó, segun pudo inferirse, en edad muy tierna, y cuando apenas pudo esplicar de donde era y como se llamaban sus

padres. De aqui la dificultad que habia en saber á donde dirigirse para buscar tan indispensable documento. Muchas semanas se pasaron en hacer inútiles averiguaciones, semanas que á mi parecieron años enteros, tal era la inquietud en que vivia; pues, apesar de que María no me daba ni el mas pequeño motivo de desconfianza, sin embargo como en la corte se oia cada dia, que uno se habia arrojado al canal, otro se habia levantado de un pistoletazo la tapa de los sesos, despechados por ver que en un abrir y cerrar de ojos les volvian la espalda sus damas, y se iban á re-

cibir obsequios de otro amante nuevo, no eran capaces de tranquilizarme toda la honradez y buen juicio de María, ni hubieran disipado mis temores todas las virtudes del mundo. Verdad es que María era toda una mujer, y no una coqueta, como suelen ser las muchachas de la corte, que hoy quieren y mañana no. Supóse por fin, aunque ignoro porque medios, el pueblo de la naturaleza de María; con esto y con saber, año alto ó bajo, el tiempo en que habia nacido, se creyó que seria fácil hallar la partida que se buscaba. Pero, por desgracia en muchos años antes

y despues del año en que suponiamos habria nacido María, no se habia bautizado ninguna niña de su mismo nombre. Con esto comenzó á sospecharse, si por descuido de sus padres ú otro cualquier motivo no estaria bautizada la muchacha. Divulgóse esto por la ciudad, y por fortuna llegó á oídos de una señora duquesa que recordó, que haria unos diez y ocho años, habiendo recibido el sacramento de la confirmacion las niñas de la casa de huérfanos, en donde en aquella época debió hallarse Maria, habia sido ella madrina, y que mudó el nombre á algunas niñas

poniéndoles el de María, por ser este su nombre, y tambien para que fuesen devotas de la Virgen. Era María una de ellas, y con efecto se halló despues de esta observacion el documento que hacia falta. Con él, en un momento se arregló la boda, como que era cosa ya de mucho tiempo preparada, y en gran manera deseada. Celebróse por fin con mucho festejo, habiendo sido madrina la señora de la novia, quien costeó tambien un esplendido convite, al que asistieron todos los amigos de una y otra familia. Estariamos como á mitad de la comida cuando entró en el salon

un caballero no convidado, y cuando supo quienes eramos los novios, dijónos era un notario de la vicaria que iba con orden de llevarnos inmediatamente á presencia del señor Vicario. Creimos nosotros, y creyeron todos, que seria algun reparo que se ofreceria á su señoria sobre la partida de bautismo de Maria, y esta y yo nos dispusimos inmediatamente para ir á ver al señor Vicario. A bien que ahora ya estamos casados, decia yo á María al subir la escalera de la vicaría.

Recibiónos el Vicario con el mayor agasajó, y comenzó á hacernos diferentes preguntas, re-

lativas todas á la época en que asi Maria como yo habiamos salido de casa de nuestros padres. Por las respuestas que ella y yo dimos se vino en conocimiento de que Maria era mi hermana Juana. Dejo á la consideracion de V.V. los afectos que mi corazon experimentarí en esta ocasion; el gozo de hallar á una hermana á quien creia muerta, y hallarla entre el número de mis mas intimos amigos contrabalanceaba con el disgusto y sentimiento que no podiamos menos de causarme, el verme privado de una esposa á quien amaba con delirio, y de quien no dudaba ser correspondido. Yo n

se si me alegré ó entristeci al ver aquel inesperado desenlace. Volvimos á casa y el convite concluyó como pueden V.V. figurarse. Ofrecióme mi hermana no casarse mientras yo viviese, si yo queria vivir en su compañía, manteniéndonos los dos del dote que la habia dado su señora. Correspondi á mi hermana con igual ofrecimiento; y uno y otro hemos vivido en amable hermandad hasta que turbaron tanta paz nuevos disgustos mayores y mas sensibles para mi que los que llevo referidos.

Al llegar aqui la relacion del viagero, avisaron los criados ser

ya hora de comer, y se suspendió de nuevo con sentimiento de los niños, que la habian oido con gusto, y manifestaron tener menos deseos de comer que de oir el final de esta interesante historia.

Herman que ya habia conocido que el huesped era persona de talento y hombre de bien, quiso se sentase con ellos á la mesa, enseñando con esto á sus hijos á mirar con justa deferencia la providad y honradez aun que vayan cubiertas con los harapos de un mendigo miserable.